

deberia ser un estímulo para convertirse pronto á Dios, no suele ser mas que un motivo para diferirlo. Ya que Dios es tan misericordioso, dicen los pecadores, que perdona al hombre en cualquier dia que se convierta, sigamos pecando; que tratando con un Dios tan bueno, no hay que temer. — ¿No hay que temer? Pues yo temo mucho. No temo que Dios no os perdone el dia que os convirtais sinceramente á él; lo que temo es que este dia no llegará, y que vuestra conversion quedará en solo proyecto. ¿Y sabeis por qué lo temo? Porque sé que la conversion, diferida por poco tiempo, es ya incierta: diferida hasta la vejez, es muy difícil: diferida hasta la muerte, es moralmente imposible. De lo que infiero, que el no convertirse pronto es pronóstico de no convertirse jamás.

Antes de entrar en las pruebas de las tres verdades que acabo de sentar, quisiera, pecadores, que contestáseis sinceramente á una pregunta. ¿Qué es lo que pensais hacer? ¿Teneis intencion de convertirnos algun dia á Dios, y mirar por vuestra salvacion; ó bien estais resueltos á seguir siempre así, sin cuidaros ni de conversion, ni de alma, ni de cielo? Decidlo francamente: ¿cuál de estos dos extremos adoptais? Tenemos intencion de convertirnos, me diréis, y para hacerlo solo esperamos una ocasion favorable.—¿Una ocasion favorable esperais? ¿Y cuál será esta ocasion? ¿Será la vejez? ¿será al tomar estado? ¿será cuando venga alguna mision, ó se presente un confesor desconocido? Sea lo que se quiera, en todos estos casos vosotros remitís la conversion á un tiempo que ha de venir, es decir, haceis depender la suerte eterna de vuestra alma de la contingencia, de la casualidad, del acaso. ¿Y si esta contingencia, esta casualidad y este acaso no os salen favorables?... Quiero decir, ¿si ese tiempo venidero

no llega para vosotros?... ¿Qué entonces?... Entonces adios conversion, adios alma, adios cielo.

Padre, diréis, sin duda llegará este tiempo, puesto que todavía somos bastante jóvenes. — Si al mismo tiempo me dijérais, y lo dijérais con verdad, que tambien sois bastante justos y virtuosos, estaria en su lugar vuestra esperanza, y el argumento seria procedente, ya que el mismo Dios señala por premio de la virtud una vida larga y duradera: *Audi, fili mi, et suscipe verba mea, ut multiplicentur tibi anni vitæ*¹. Pero siendo pecadores, ¡ah! lo mas regular es que la muerte os coja en flor, y que sean muy contados los años de vuestra vida. Y no tomeis esto por burla, porque es una amenaza muy formal que Dios os hace en cien lugares de la Escritura santa. ¿Qué dice en el libro de los Proverbios? Que los años del impío serán recortados: *Anni impiorum breviabuntur*². ¿Qué en el de los Salmos? Que los malvados no llegarán á la mitad de sus dias: *Non dimidiabunt dies suos*³. ¿Qué en el de Job? Que los pecadores suelen morir antes de tiempo: *Sublati sunt ante tempus suum*⁴. ¿Qué en el del Eclesiástico? Que no se difiera la conversion de un dia á otro, á fin de que la dilacion no acelere el dia de la venganza, haciéndolo llegar antes del tiempo prefijado: *Ne tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem: subitò enim veniet ira illius*⁵.

Segun esto ¿habrémos de decir que el no convertirse pronto á Dios hace llegar la muerte antes de hora? Un suceso que refiere la Escritura nos lo dirá. Llama Dios á Noé, y le dice: Oye, hombre justo, oye la determinacion que he tomado. Viendo que la malicia de la raza humana va creciendo de dia

¹ Prov. iv, 10. — ² Ibid. x, 27. — ³ Psalm. lrv, 24.

⁴ Job, xxii, 16. — ⁵ Eccli. v, 3.

en día, he resuelto exterminarla con un diluvio universal; bien que, antes de ejecutarlo, dejaré pasar ciento y veinte años, para ver si entre tanto se convierte á mí, y hace penitencia: *Eruntque dies illius centum viginti annorum* ¹. Estas palabras las dijo Dios á Noé cuando precisamente este patriarca cumplia los quinientos años de su edad: *Cùm quingentorum esset annorum* ²; y de consiguiente, parece que en buena aritmética el diluvio no debía venir hasta que el mismo Noé hubiese cumplido los seiscientos y veinte años. Sin embargo, no bien hubo llegado á los seiscientos, cuando hé aquí que de improviso se rompen las fuentes del abismo, ábrense las cataratas del cielo, y comienza el fatal diluvio: *Anno sexcentesimo vitæ Noe... rupti sunt fontes abyssi magnæ, et cataractæ cæli apertæ sunt* ³. ¿Y los otros veinte años que Dios dijo dejaría pasar antes que llegase la gran catástrofe? Estos veinte años, responde san Jerónimo, Dios los borró de la cuenta, porque, viendo que los hombres no se convertían á él despues de un siglo, creyó inútil esperarles por mas tiempo ⁴.

Decid ahora, pecadores, que siendo todavía bastante jóvenes, tiempo suficiente os queda para convertirlos á Dios. ¡Insensatos! ¿Qué tiene que ver la juventud en el asunto que tratamos? ¿No puede Dios cansarse de esperaros, apresurar el castigo, y enviaros la muerte antes del tiempo regular, como lo hizo con los pecadores del tiempo de Noé? ¿No puede recortar algunos años del tiempo que naturalmente debiérais vivir, y quitaros de en medio antes de llegar á la mitad de vuestros días, como os lo tiene amenazado en mil lugares de la Escritura? Pues suponed ahora que lo hace... ¿qué va á ser de vuestra conversion? ¿qué de vuestra alma? Vuestra

¹ Gen. vi, 3. — ² Ibid. v, 31. — ³ Ibid. vii, 11.

⁴ Alap. in cap. vi Gen.

conversion va á quedar en solo proyecto, y vuestra alma va á hundirse en el infierno.

Mas supongamos, y no será suponer poco, que atravesando felizmente las diferentes edades de vuestra vida, llegais salvos á la vejez, que parece ser la época que tratais de hacer memorable con vuestra conversion. ¿Habeis calculado alguna vez todas las dificultades, todos los inconvenientes, todos los obstáculos que entonces se os presentarán? Yo sí que los tengo calculados, y os aseguro que se me representan tales, que dudo mucho los llegueis á superar.

El primer obstáculo os vendrá de parte de vosotros mismos. Vosotros ahora creéis que lo mismo será llegar á la vejez, que cambiarse de repente vuestra voluntad, amansarse como por encanto vuestras pasiones, arrancarse por sí mismos vuestros malos hábitos, abandonaros precipitadamente vuestros vicios, hacérseos aborrecible la culpa, amable la virtud, y de consiguiente facilísima la conversion. Vosotros lo creéis así, pero yo os aseguro que cuando venga el caso experimentaréis todo lo contrario. Lo que experimentaréis será, que vuestra voluntad está mas aferrada en el mal, que vuestras pasiones son mas fieras, vuestros hábitos mas arraigados, vuestro entendimiento mas ciego, vuestro corazón mas duro, vuestro libre albedrío mas flaco para tomar ninguna buena resolución. ¿Tendréis bastante coraje para acometer y superar todas estas dificultades? Ahora luchais con una dificultad, entonces habréis de luchar con ciento: ahora sois esclavos de cien pecados, entonces lo seréis de mil: ahora contais cuatro ó seis años de mala costumbre, entonces contaréis treinta ó cuarenta. Pues si ahora hallais difícil vuestra conversion, ¿qué será entonces? ¿qué será?... *obstantur*

¿Cómo lo haréis para ablandar esa voluntad, que á fuerza

de pecar se habrá hecho dura como el hierro? ¿Cómo para arrancar esos vicios, que, como árboles envejecidos, habrán metido sus raíces por todos los senos de vuestra alma? ¿Cómo para dominar esas pasiones, que con el tiempo se habrán hecho mas fuertes é indomables? ¿Cómo para desvanecer las tinieblas del entendimiento, que habrán crecido á medida que habréis ido pecando? ¿Cómo, en fin, para compungir ese corazón, que estará poco menos obstinado que el de un demonio? ¡Ah! que no tendréis resolución para tanto; y entonces, sufriendo un cruel desengaño, veréis que el primer obstáculo en que tropezais, sois vosotros mismos.

La segunda dificultad os vendrá de parte de Dios. ¡Qué dice! padre, me parece os oigo exclamar, ¿de parte de Dios dificultad? ¿Quién oyó jamás semejante expresion? Nosotros creemos todo lo contrario, y esperamos que Dios entonces nos auxiliará con una gracia mas abundante y eficaz de lo que ha hecho hasta ahora.— ¿Eso esperais? Pues os digo, que para alimentar una tal esperanza es menester haberse vendido el seso. Es decir, segun vuestra opinion, que Dios tanto mas pronto vendrá entonces á ayudaros, cuanto por mayor tiempo vosotros le habréis ofendido: ¿no es verdad? Es decir, segun vuestros cálculos, que la gracia divina tanto mas abundante y poderosa será, cuanto mas obstinadamente vosotros habréis abusado de ella: ¿no es esto? Eso sí que es discurrir con finura, y lo que propiamente se llama comprender las cosas con perfeccion. ¡Qué lástima no supiesen esta doctrina los santos Padres que enseñaron, que cuanto mas el hombre peca, tanto mas Dios se aparta de él, y á veces se aleja tanto, que es sumamente difícil hallarle, segun aquello que dijo Jesucristo: Yo me retiro, vosotros me buscaréis; y no me hallaréis, sino que moriréis en vuestro pecado: *Ego vado,*

et queretis me, et in peccato vestro moriemini ¹! ¡Qué desgracia no hubiese oido esta nueva teología el gran Tomás de Aquino cuando escribió, que Dios suele retirar sus gracias á proporcion del abuso que se hace de ellas, y que quien abusa del talento que se le ha dado, merece se lo quiten, y ordinariamente así sucede! ¡Ah! pecadores, ¿es posible alimenteis semejantes ilusiones? Haced, haced que la vejez os coja en vuestros desórdenes, vosotros sabréis decirme si las gracias son entonces mas abundantes que al presente, si la conversion es entonces mas fácil y hacedera.

La tercera dificultad provendrá de parte de las cosas que indispensablemente se deben hacer para convertirse de veras á Dios; y que si no se hacen, la conversion no es otra cosa que apariencia, ilusion y mentira. Para que la conversion sea real, no basta blanquear la tumba por parte de fuera, quiero decir, no basta tomar aquel exterior decente y comedido que naturalmente se toma en la vejez, por muy libertino y desenfrenado que se haya sido en la juventud: es menester limpiar el sepulcro por parte de dentro, esto es, arrancar de cuajo todos los vicios del alma, detestarlos con sumo dolor, confesarlos con toda sinceridad, quitar ocasiones, reparar escándalos, hacer penitencia, y penitencia proporcionada al número y gravedad de los pecados cometidos. ¿Y seréis hombres para hacer todo esto? ¡Cómo habeis de serlo, no estando ni poco ni mucho acostumbrados á tales cosas! Os sucederá, no lo dudeis, os sucederá lo que aconteció al pastorcillo David, cuando el rey Saul le vistió á lo militar, para que fuese á luchar con el gigante filisteo. Viendo el pobrecito que con tantas fornituras militares encima no podia dar un paso,

¹ Joan. VIII, 21.

¡eh! dijo al Rey, por Dios quítame estos embarazos, que no puedo moverme: *Non possum sic incedere* ¹.

Hé aquí lo que os sucederá cuando en la vejez trateis, si es que lo tratáis, de convertirlos á Dios. Como no estaréis acostumbrados á ninguna de las cosas que son indispensables para una sólida conversion, como no sabréis prácticamente lo que es mortificar una pasion, contradecir un apetito, hacer un acto de dolor, practicar una virtud, resistir una tentacion, ¡eh! diréis, yo no puedo hacer tanto: *Non possum sic incedere*. Si para convertirme á Dios es menester todo esto, renuncio por ahora á mi conversion, vámos tirando así, aguardemos á que venga la última enfermedad, y verémos si entonces la cosa es mas factible.

Para que veais si es muy factible la conversion en la última enfermedad, no necesito mas que ponerlos á la vista lo que ordinariamente sucede en aquella ocasion. Mas quisiera que no consideráseis el caso como ajeno, porque esto le quitaria mucho de su importancia; sino como propio, suponiendo que ya os hallais en aquella enfermedad que será la inmediata precursora de vuestra muerte. Las enfermedades, por muy graves que sean, no suelen presentarse con un carácter imponente y amenazador: al principio no son mas que un dolor de cabeza, un insomnio, una inapetencia, una pesadez, un deajo, un no se sabe qué. Así es que en los primeros dias no se les da importancia, no se conciben temores, no se entra en cuidados ni sospechas. ¡Oh dias mal aprovechados, cuánta y cuánta falta vais á hacer! Se llama al médico... ¡ay! ¿y por qué no se llama tambien al confesor, que es tanto ó mas necesario que aquel? Se llama al médico... Lo que es

¹ I Reg. xvii, 39.

por ahora, dice este, la enfermedad no ofrece síntomas del todo alarmantes; puede ser cosa de consideracion, y puede no serlo: es menester aguardar... entre tanto tome el enfermo esta medicina en tanta dosis.— ¡Dios mio! ¡cuánto mejor fuera que se le ordenasen algunas dosis de penitencia!— Pero el dolor de cabeza no cesa, la calentura aumenta, el mal arrecia. Vengan nuevos médicos, vengan consultas, vengan... ¿Qué? ¿los Sacramentos? Estos sí que convendria viniesen luego. ¡Ah! el enemigo se ha descubierto... es una enfermedad mortal... el caso es del todo desesperado. Aprisa, aprisa llamar un confesor, que no se pierdan momentos, que venga lo mas pronto que pueda: *Multiplicatæ sunt infirmitates eorum, postea acceleraverunt.*

Vamos, pecador carísimo, ya estais en el punto que deseábais para convertirlos á Dios, ya ha llegado aquel momento solemne en que, segun tantas veces habeis dicho, haréis vuestra conversion: á ver, á ver cómo os lucís. Comenzad... no digo bien, acabad presto una buena confesion: una confesion que, al paso que repare todas las que habeis hecho malamente en vuestra vida, borre todas las picardías de vuestra infancia, todas las impurezas de vuestra juventud, todas las injusticias de vuestra virilidad, y todos los sacrilegios de vuestra vejez. ¿La habeis ya acabado? Aprisa, aprisa, que la muerte viene corriendo, y está por llamar á la puerta. Pero ¡santo Dios, qué es lo que oigo! Vos, pecador carísimo, me hablais de mujer, de hijos, de hacienda, de testamento, y otros asuntos de familia. ¡Buen tiempo á fe mia para tratar de tales cosas! Pronto, pronto despachar la confesion, que las puertas del tribunal de Dios ya están abiertas. Examinar la conciencia, concebir dolor, formar propósito, decir los pecados, y recibir la absolucion, todo ha de ser obra de pocos instantes.

Que necesitais descanso... que os deje en paz... que no estais para nada... Eso ya me lo sabia yo, que en este lance no estaríais para nada, y por esto fue el deciros tantas veces que os previniéseis con tiempo. Pero el lance ha llegado, vos estais ya en el apuro, y no hay mas sino ver cómo podréis salir de él. Tanto si necesitais descanso como si no, tanto si estais para algo como si no lo estais, es preciso disponer para una buena confesion; advirtiéndole que si por poca aplicacion le falta alguna cosa esencial, los demonios se os llevan.

¿Qué me decís?... ¿que os confesaréis como podréis, y valga lo que valiere? Pues lo mismo os respondo yo; os absolveré como podré, y valga lo que valiere la absolucion. Vos dudais de la bondad de vuestra confesion, y yo todavía dudo mas del valor de mi absolucion. Pero ya que no estais para confesaros circunstanciadamente, levantad á lo menos el corazón á Dios, y pedidle perdon de vuestros pecados. ¿Lo habeis hecho? Pues *ego te absolvo*: lo que valdrá esta absolucion no sabria decirlo: vos lo sabréis antes de mucho: en el tribunal de Dios os lo dirán.

Decidme, cristianos, una conversion hecha del modo que acabo de pintar ¿puede ser sólida? ¿puede ser satisfactoria, ni para quien la hace, ni para quien la presencia? Pues no dudeis que poco mas ó menos así son todas las que se hacen en la última enfermedad. ¿Qué dicta, pues, la prudencia? Dicta que, ya que la conversion diferida un solo dia es dudosa, diferida para la vejez es difícil, diferida para la última enfermedad es moralmente imposible, la hagais luego, pronto, hoy mismo. Este es el único medio de asegurar el perdon, conseguir la gracia y alcanzar el cielo. Amen.

DOMINGO CUARTO DESPUES

DE PENTECOSTES.

Este domingo se llamaba antiguamente el domingo de la pesca milagrosa, y llamábase así á causa de la pesca que los Apóstoles hicieron por orden del Salvador, y cuyas circunstancias nos refiere el evangelio de este dia. En él leemos varias cosas muy dignas de notarse, cuales son: la orden que Jesucristo dió á san Pedro de conducir su barquilla á alta mar, la respuesta que este le hizo, el fruto de su obediencia, la eleccion que el Salvador hizo de él y sus compañeros para ser pescadores de almas, la fidelidad de estos, y su vocacion. Entre los varios asuntos que se pueden formar sobre el presente evangelio, sobresalen por su importancia y utilidad los tres siguientes: la providencia de Dios, los efectos del pecado en el alma, y la política del propio interés.

El primero se deduce del texto que dice: Concluserunt piscium multitudine copiosam; y se arregla del modo siguiente: «¡Lo que tiene, cristianos míos, el fiarse de la providencia de Dios! San Pedro habia gastado una noche entera en pescar: habia empleado tiempo, paciencia y trabajo; y no obstante no habia logrado coger un solo pez: Per totam noctem laborantes, nihil cepimus. Viendo esto el Salvador, le mandó tender otra vez las redes: obedeció el Apóstol, confiado únicamente en la palabra de su Maestro; y fue tanta la abundancia de peces que cogió esta vez, que las redes se rom-